

PREGON DE SEMANA SANTA

ALAEJOS, MARZO DE 2015

EL DOLOR

Dignísimas y respetadas Autoridades Eclesiásticas y Civiles, queridos paisanos y amigos, asistentes todos, en espíritu o presencia, a este acto del Pregón de la Semana Santa.

Cuando me llegaron noticias a través de Angelita, Presidenta de la Cofradía de la Virgen de los Dolores, de que me iban a distinguir con la asignación de este menester de pregonero, confieso que me temblaron las piernas. Y de momento pensé en declinar tan alta responsabilidad, pero enseguida acepté por múltiples y poderosas razones: la primera porque me parecía una descortesía no corresponder a tan amable designación. Segundo, porque pienso que todo buen alejano debe estar siempre dispuesto a servir a su pueblo en la medida de sus posibilidades, dentro de las capacidades que Dios le haya otorgado o su osadía le permita. La tercera razón se originó en la nostalgia al recordar que, cuando esta Cofradía se creó allá por los años cincuenta y pico, mi madre participó en los actos fundacionales, con redacción de estatutos, distribución de responsabilidades, etc., etc. Incluso formó parte de la Junta Directiva: ocupó el cargo de Secretaria, como no podía ser de otra manera. Parece que fue ayer, pero han pasado sesenta años de aquel derroche de trabajo, ilusiones y devoción. Es evidente que ha merecido la pena.

Y con estos pensamientos me dispuse a hacerlos comenzar esta Semana Santa con el sufrimiento de soportarme, por otro lado, un buen principio para una semana de dolor.

Aunque el tema estaba claro, y no podía ser otro que el de exhortaros a todos a participar de una manera activa y sincera en los actos programados, el concretarlo en algo conciso y, a poder ser, que llegase a vuestros corazones no resultaba tan sencillo. Y más sabiendo que muy señalados pregoneros me han precedido y desarrollado brillantemente contenidos esenciales en este cometido. Así que recurrí al truco de acudir a mi hemeroteca y biblioteca particular (llamada Luis Morante, mi entrañable amigo) con el objeto de repetir lo menos posible lo ya dicho en anteriores pregones. Y ello, no por un vanidoso deseo de originalidad, sino con la más sana intención de no cansaros y con el propósito de lograr ese objetivo de que este año la Semana Santa cuente con la participación de todos en los actos que se van a celebrar y, principalmente, que nuestros corazones rebosen conductas fraternas de solidaridad y entrega hacia cuantos lo precisen.

Sabemos que la Semana Santa es, y significa mucho más que los actos procesionales. Pero, queramos o no, nuestras procesiones son la manifestación más palpable de la conmemoración religiosa.

Por cierto, un inciso: en mi niñez, cuando se fijan esos conceptos indelebles que nos acompañan de por vida, me llamaba mucho la atención el hecho de que a la procesión se le solía llamar “carrera” (hoy, según creo, término en marcado desuso). La explicación infantil surgió enseguida: la denominación se debía a la necesidad de celebrarlas muy deprisa, corriendo, según unos para que Jesús no se cansara, según otros por el riesgo de lluvia. Estas explicaciones ingeniosas me dejaban pensativo y procuraba ir “a la carrera” empujando, incluso, a los menos diligentes. El entrañable candor infantil siempre tiene respuestas para todo.

Parece que procesiones se han dado en todo tiempo y en la mayoría de las religiones, aunque constancia histórica de ellas la tenemos desde la Edad Media. Y es a partir de los siglos XIV y XV cuando las Órdenes Mendicantes impulsan el acercamiento de lo sagrado al pueblo y proliferan los Autos Sacramentales y las numerosas imágenes que se crean salen al exterior del templo. A partir del Concilio de Trento (mediados del siglo XVI) se toma conciencia de las procesiones como poderoso

instrumento de evangelización y persuasión, ya que resultaba mucho más cercano y realizable que la lectura de textos bíblicos. No cabe duda, y la Historia lo ratifica, que dieron una enorme motivación a nuestro fervor religioso por la Pasión de Jesús. Puso ante nuestros ojos, unas veces somnolientos y otras faltos de imaginación, escenas y figuras casi palpitantes y vivas que sirvieron para transportarnos a tan transcendentales momentos y hacernos sentir más vivamente compasión por quienes padecieron y soportaron tan terribles sufrimientos.

He querido dar un título a este pregón y me ha parecido procedente llamarlo “El dolor en la Semana Santa” por obvias razones de oportunidad, homenajando en este Viernes a la Virgen de los Dolores.

Personalmente siempre me ha costado unir los conceptos de dolor y religión. Ha sido para mí difícil de asimilar la penitencia y el sufrimiento dentro del ámbito del amor y la compasión que un Dios, ante todo Padre, ofrece generosamente. Sin embargo, la vida es un rosario de sinsabores, casi siempre inexplicable para nuestra limitada capacidad de comprensión. La Teodicea, como rama de la Teología Natural, explica estos misterios inescrutables para la inteligencia humana.

Parece no ofrecer dudas que el dolor está íntimamente ligado a la naturaleza, y ésta no solamente lo soporta, sino que, con bastante frecuencia, se complace en crearlo. Son constantes las manifestaciones de nuestra pobre crueldad. Hemos dejado de crucificar (no del todo), pero las barbaries se producen a diario. Solamente tenemos que escuchar los sucesos cotidianos en el Mundo.

No vamos a detenernos en definir o describir el dolor. Por desgracia todos lo hemos sentido alguna vez en mayor o menor medida. Sin embargo, la sabida distinción entre dolor físico y dolor moral sí será útil para nuestros fines. Pero con mucha frecuencia el uno engendra o potencia al otro, en una concatenación difícil de separar.

El dolor físico puede ser poco duradero, casi momentáneo, desapareciendo con el tiempo (no siempre, claro), llegando a cicatrizar heridas y secuelas. La escala de su intensidad es muy amplia y con matices. Pero, más que esta valoración de la intensidad, es importante

observar su variación según la fuente de donde emana. Parece que nuestro dolor es más llevadero cuando procede de un hecho fortuito o de nuestra propia persona que, por diversas razones, origina ese sufrimiento. Por el contrario, es difícil de soportar cuando surge de causas achacables a la voluntad ajena, y mucho más cuando esa intencionalidad es aleve y maliciosa. Ello se produce porque al dolor físico se añade el sufrimiento de la afrenta y la injusticia ya que, en un escenario así, el dolor moral se desata con fuerza, como reacción lógica a esa situación.

Y, no cabe duda, el dolor moral es el peor de todos. Es muy difícil de atajar e incluso de reducir. Es también capaz de engendrar un padecimiento físico (o muy similar). Decimos que nos “duelen las entrañas” cuando la pena sobrepasa los límites de nuestra capacidad de sufrir. Y frecuentemente ese sentimiento nos acompaña de por vida.

Pero el sufrimiento no resulta privativo del que lo experimenta, sino que tiene un efecto expansivo, que salpica a muchas personas más o menos próximas. Y esos efectos, digamos colaterales, serán más acusados cuanto mayor sea la sensibilidad de los próximos para captar y asimilar ese dolor ajeno.

Hagamos las clasificaciones que nos parezca oportuno, elucubremos sobre el dolor según nuestro parecer, pero el compendio y resumen de todo ello podría ser claramente el enorme muestrario de sufrimientos que nos ofrece la Semana de Pasión. Y sobre ese rosario de tormentos quiero sacar mis conclusiones.

Vaya por delante la imprescindible necesidad, el requerimiento sustancial de hacernos sensibles, lo más aproximados a niños que nuestros corazones puedan alcanzar, para observar a los dos máximos exponentes en soportar el dolor: Jesús y María.

Jesús sufre un dolor físico espantoso, pero ese dolor físico engendra una cruel decepción al verse abandonado y negado por unos, así como castigado y humillado por otros, sin ninguna razón aparente más que el temor de los romanos de ver turbada la paz de la cercana Pascua por el que ellos juzgaban un peligroso revolucionario. Es el propio pueblo quien lo envía a Pilatos, no para que lo juzgue, sino para que lo condene. Este es

un claro testimonio de dolor humano, del Dios hecho hombre, que revierte en dolor moral en su mayor dimensión.

En María podríamos decir que se invierten los términos: es su dolor moral el que desgarró su corazón hasta llegar al dolor físico. Nunca una mejor denominación: Virgen de los Dolores, de todos los dolores, de toda clase de dolores.

Por desgracia tenemos en Alaejos madres dolorosas que han perdido a sus hijos y ellas saben muy bien de lo que estamos hablando, del inefable tormento de abrazar a su hijo inerte. Vaya para ellas en estos días nuestro cariño y nuestro recuerdo.

Pero hay otra nominación de la Virgen que también refleja terribles sentimientos: la Soledad. ¿Hay más dura sensación para una madre que el sentirse sola, abandonada por su hijo, arrebatado cruelmente de su entorno? Confieso que siempre me ha conmovido la expresión de nuestra Soledad, como sorprendida y pidiendo explicaciones a quienes causaron sus males. Observemos con atención esta imagen cuando estos días sea paseada por las calles alejadas.

Con esa impresión límpida de niños recordemos, y dejemos que nos reverdezcan, aquellos episodios únicos para que nuestros corazones se empapen de esa compasión.

El dolor es un concepto casi unívoco, universal. Todo ser humano sabe de qué hablamos al evocarlo. Cualquier idioma o cualquier gesto pueden reflejar la idea de sufrimiento. Pienso que podría ser una buena disposición anímica para esta Semana de Pasión que cada uno de nosotros abriera su capacidad de comprensión, su sensibilidad, para observar y meditar tan inmenso sacrificio. De esta manera entenderíamos mejor ese misterio del dolor generoso y hasta haríamos un poco de compasivos cirineos.

Y contemplando esa Pasión con ojos más humanos, me permito hacer unas consideraciones de matices terrenales.

El dolor ha movido siempre casi todas las facetas del arte. Así, en la pintura, y sin detenernos en detalles, son incontables los artistas que han

plasmado en sus obras las escenas de dolor y sufrimiento. Desde el Cristo Crucificado de Velázquez (que dio pie a Unamuno para un libro de hermosas poesías), al de Dalí (sorprendentemente visto desde arriba), se han producido incontables obras pictóricas cuajadas de humanidad y realismo. A mí siempre me han emocionado “El Expolio” de El Greco y la “Piedad” de Tiziano.

Y no digamos la influencia experimentada por la escultura. Los imagineros se han esforzado en esculpir en rostros expresiones que reflejan los sentimientos que ocasionaban cuerpos lacerados o soledades crueles. Tenemos en las procesiones notorios ejemplos de todo ello, de la impresión que causan en nuestras almas. Un elemento que aporta contraste irrefutable es la mirada de los niños. Fijaros en ellos cuando, desfilando por las calles, observemos a los pequeños mirar a los “santos”, como decíamos entonces.

Nuestra imagen de la Virgen de los Dolores, entre otras, aunque pequeña, tiene un señalado valor artístico, pues se ha llegado a atribuir su autoría a Juan de Juni o a alguno de sus discípulos. Me han llegado noticias de que, desde los estamentos correspondientes, se es consciente de la conveniencia de abordar algún tipo de gestión para su restauración, encomiable esfuerzo que permitirá a nuestros hijos mantener un acervo artístico que nos pertenece a todos.

Volviendo a la expresividad de nuestros pasos, por propia experiencia puedo decir que en mi infancia siempre me sobrecogieron las caras de sufrimiento de las imágenes. Me parecía que todos soportaban un inmenso dolor, incluso pensaba que el mismísimo Barrona lamentaba lo que estaba haciendo y por eso no se atrevía a mirar a Jesús. Quizá fue así y el temido sayón no tuvo más remedio que cumplir órdenes inhumanas. Yo creo que a todos los chicos de mi época les aterraba aquel personaje con su aspecto feroz y nombre espantoso (alguien en una ocasión me dijo que Barrona era, probablemente, una deformación de “marrano”, término con el que se denominaba despectivamente a los judíos conversos). A mí, por lo menos, lo que más me llamaba la atención del personaje era esa mirada cobarde y desviada, como no queriendo ver las consecuencias de su proceder.

La literatura, y en especial la poesía, ha tenido en los acontecimientos de la pasión y muerte de Jesús una fuente inagotable de inspiración. Son muy numerosos los poetas que han abordado en mayor o menor intensidad esta delicada temática. Muy humildemente quiero sumarme a ese conjunto de autores con unas décimas que he compuesto para la ocasión:

SI ME PRESTARAS TU CRUZ...

Si la cruz tú me dejaras
con ella no sé qué haría
pues quizá se enredaría
en mi cuerpo como jaras.
Sobre el tuyo formó escaras
el insensible madero.
Y por eso yo prefiero
me preste el mismo rigor
para entenderte mejor
en sufrimiento severo.

Con tu espalda es rigurosa,
te lastima y te lacera
pues sirve con su madera
de cadalso y fría losa,
aunque ofrezca, generosa,
esa rigidez flexible

que nos regala ostensible
la sumisa majestad
que brinda la libertad
de abrazar lo inmarcesible.

Está claro que Tú eres
quien la debe conservar
para poder alcanzar
lo que pretendes y quieres.
En ella sufres y mueres,
soportas hiel y torturas
mientras que nuestras ternuras
giran y ven otro lado
no mirando en tu costado
las lanzadas de amarguras.

La música y el canto tampoco han sido ajenos a la Pasión. Tanto la música culta como la popular, y siempre con la más sobrecogedora expresión, han estado presentes en todas las manifestaciones pasionales. Quizá el exponente más señalado sean los que se producen en Andalucía, donde la saeta se enseñoorea de las noches de primavera y, rasgando el aire como un venablo (de ahí su nombre), sale del corazón del saetero, tenso como un arco, para prenderse en el nuestro con su lamento y sus letras poéticas hasta dejarnos con el alma en la boca. La siguiiriya o el martinete son las formas flamencas que adopta la saeta según el destinatario o la voluntad del autor. Sus letras reflejan los sentimientos del cantaor, que con

frecuencia las compone él mismo. Una de las más antiguas, cantada por la Niña de la Alfalfa, dice así:

¿Dónde vas Paloma Blanca
a deshoras de la noche?
Voy en busca de mi hijo
que lo entierran esta noche.

La Virgen de los Dolores
tiene el corazón partío
de ver a su hijo muerto
y en el sepulcro metío.

Letra sencilla y de discutible valor literario, pero de innegable sabor popular y cargada de sufrimiento y sensaciones.

La saeta ha comenzado a romper fronteras y ya se escucha en diversas procesiones y actos litúrgico fuera de Andalucía.

Pero Castilla no se ha quedado atrás en las manifestaciones musicales para expresar sus sentimientos con otras rimas y otros acordes. Incluso los tremendos silencios son, de otra manera, expresiones de un estado anímico. El propio García Lorca señaló el sobrecogedor silencio de la Semana Santa castellana, capaz de mover a compasión y erizar los cabellos a los más fríos y escépticos.

Y de nuestro querido pueblo no podremos olvidar los enternecedores “Sálvame Virgen María”, “¿Quién al mirarte exánime?”, “Perdona a tu pueblo”, etc., como gritos de nuestro dolor, fe y devoción. Deberíamos poner especial cuidado en no perder estas señas de identidad que siempre nos han acompañado.

También guardo un recuerdo anecdótico de mi infancia sobre “Perdona a tu pueblo”: después de oírlo cantar con relativa atención acudí a mi

madre con candorosa reivindicación: “Madre- le dije- no debíamos cantar eso de que perdona a “este pueblo”, que nosotros no hemos hecho nada, a ver si ahora vamos a cargar con toda la culpa. Que se la echen a los de Vadillo o a los de la Nava”. El cachete y la corrección materna no recuerdo si acallaron mi indignada proclama.

En fin, de una manera u otra el dolor ha sido es y será motor y acompañante de artes, sentimientos..., en conclusión, de la vida misma.

Ojala que estas reflexiones de mi pregón, tan erráticas como bien intencionadas, sirvan también para mover nuestros corazones hacia el amor a Dios y los hombres, a través de las manifestaciones litúrgicas que procedan y de un especial cuidado y esmero en nuestras relaciones y solidaridad cotidianas con nuestros vecinos.

A tenor de todo lo dicho, y para terminar, me parece oportuno recitaros el Soneto a Jesús Crucificado, anónimo según unos, y de San Juan de la Cruz o de Lope de Vega según otras opiniones:

No me mueve mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en esa cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muevénme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,

que aunque no hubiera cielo yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero, te quisiera.

Muchas gracias por vuestra atención.

Alfredo Otero Villoria

Alaejos, 27 de marzo de 2015.-